

¿Quién salvará a este chiquillo?

Hace algunos años me encontré, en el Sáhara tunecino, a un anciano árabe de ojos profundos. Le pregunté por la frontera de Argelia. Él me sonrió. Y en su sonrisa había resabios de ironía, sentencias antiguas, sensaciones de épocas remotas.

-¿Tú ves líneas en el desierto? Yo no las veo. –me respondió –Las fronteras son cosas de los hombres. Inventos modernos. Yo soy del Sáhara, vivo en él. Nadie puede fabricar muros de arena.

Aquella sentencia me ha acompañado durante años. He vivido con ella mucho tiempo. Y, en ocasiones, ha sido una respuesta a interrogantes dolorosos o a inexplicables comportamientos humanos.

Y viendo o escuchando tanto desmán y despropósito en nuestros días, acuden a mí oscuros pensamientos. Percibiendo la ineficacia de tanta decisión desde la alta política, calibrando la cantidad de horas que los noticieros dedican a los famosos jefes de Occidente, vienen a mi mente, otra vez, como verdades descarnadas versos y poemas que, desde tiempos pasados, parecen hablar del presente y, acaso, de inciertos futuros.

Espronceda en su esplendorosa *Canción del pirata* me ha devuelto el pensamiento del anciano del desierto. Los dos se plantean la misma idea. Los tesoros son relativos y están en las palabras, dentro de nosotros, no fuera. Es en nuestra mente donde se encierran las grandes verdades.

*Que es mi barco mi tesoro,
que es mi dios la libertad,
mi ley, la fuerza y el viento,
mi única patria, la mar.*

Y los mandatarios siguen mostrando su ambición y tratando de imponer su pensamiento con las armas. Y con palabras contundentes cubiertas de velos de codicia y de conveniencias dictadas por la economía, nos quieren convencer de sus injusticias. Nunca son una razón de estado los hombres y mujeres que sufren, que huyen del hambre, de los tormentos, de la sinrazón humana.

Allá muevan feroz guerra
ciegos reyes
por un palmo más de tierra;
que yo tengo aquí por mío
cuanto abarca el mar bravío,
a quien nadie impuso leyes.

Hace pocos días saltó a las portadas de las noticias internacionales el problema del pueblo saharauí. Unos días sufrimos con ellos, los vimos en su pobreza y abandono, los quisimos ayudar, reivindicamos sus derechos. ¿A quién corresponde hacer cumplir la ley internacional?

¿Quién vela por los derechos de los pueblos?

¿Acaso son aquellos que se espían y cotillean en sus dossiers secretos? Es mandar un juego para algunos, y ser gobernados es la muerte y el sufrimiento para otros.

Me importan los seres humanos. Me importa ese niño hambriento que vaga entre la arena sin encontrar su destino. Me irrita esa falsa bondad que invade al mundo occidental en las Navidades, ya cercanas, y repletas de fastuosos buenos propósitos.

Mientras tanto siguen huyendo miles de inocentes seres de otros crueles que los acosan. Y cada noche se acuestan pensando si alguien los recordara, si alguien accionará la palanca mágica o dirá la palabra adecuada.

Y otros versos vuelven a mi mente. Revoloteando como mariposas. Recordando la inocencia perdida de tantos niños y niñas obligados a ser adultos antes de tiempo.

Carne de yugo, ha nacido
más humillado que bello,
con el cuello perseguido
por el yugo para el cuello.

Y me dieron ganas de recitar los estremecedores versos de Miguel Hernández, pero al oído de todos los que tienen la responsabilidad de gobernar, desde el municipio más pequeño a la nación más poderosa.

Empieza a vivir, y empieza
a morir de punta a punta
levantando la corteza
de su madre con la yunta.

Niños tiernos que saben ya tanto del dolor que en sus ojos se apagan las estrellas, niños solos en un mundo que olvida demasiado pronto.

Me duele este niño hambriento
como una grandiosa espina,
y su vivir ceniciento
resuelve mi alma de encina.

Y siento ganas de gritar, de decir al mundo lo que todo saben. Siento ganas irrefrenables de arrancar vendas de los ojos y los tapones de los oídos.

Y ¿habrá alguien que pronuncie la palabra mágica?

¿Quién salvará a este chiquillo
menor que un grano de avena?

¿De dónde saldrá el martillo

verdugo de esta cadena?

Sí, estoy convencido de que habrá muchas personas que querrán salvar a tantos chiquillos perdidos en el mundo. Aún queda la esperanza. Las cadenas de insulsas mentiras, de injusticias inmerecidas, de vanidades y ambiciones se romperán algún día. Ese día en que los martillos tengan forma de libro, de páginas llenas de letras como alimento esencial para que ningún ser humano permita que lo manipulen y piensen por él.

Ernesto Rodríguez Abad